

SE IMPRIME
por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR 229
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIAN B. TORRES

DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN, CALLE DEL OLIMAR, Núm. 229

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios de progr. ma y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autorizado es de 10 pesos.

EL CLAMOR PÚBLICO

El Charlatanismo

En la época actual el Charlatanismo ha llegado a su mayor altura entre nosotros.

La falta de fe en la medicina ha hecho que hasta algunos médicos se hayan trocado en charlatanes, contribuyendo no poco a esta transformación la convicción en que están de que el charlatanismo es más productivo que el ejercicio del arte tal como lo han aprendido. Cual se ha hecho magnetizador, cual frenólogo, cual hidroterápico, cual topópista, cual homeópata.

El magnetismo, el fluido animal lo es todo, han dicho a gunos. ¿Para qué se necesita establecer la organización y las funciones del hombre, los efectos y las dosis de los medicamentos, si el enfermo mismo después de una decena de pases narcóticos me hará la historia de su enfermedad mil veces mejor de lo que pudiera hacerla el mismo Valleix, y el mismo me dirá, a mí y no a otro, con toda precisión su plan curativo?

El magnetismo es una fábula, dicen otros, los magnetizadores son todos unos charlatanes; en el mundo no hay mas que una cosa cierta, no más que una cosa importante para el porvenir de la humanidad, el conocimiento de las relaciones de la moral con el físico o del físico con la moral y la aplicación de este conocimiento a los conocimientos humanos.

La frenología es la reina del mundo. Hasta el poder de Dios se encuentra en las protuberancias de su cráneo. El cerebro es un libro en el cual están escritas todas las virtudes y todos los pecados con letras de relieve tan prominentes que se marcan en la cráneo huesosa y pueden leerse con los dedos, aunque no se verifique la transposición de sentidos, que es ya en la actualidad un axioma entre los magnetizadores. ¡Pero que valen Gall y Lavater con el montañés Priesnitz!

Ya no se necesitan apóstoles ni vendedores, ni sirven ni maldita de Dios la cosa los boticarios y las drogas que la medicina mendiga a los tres reinos.

La hidroterápica es la verdadera medicina, el agua es la panacea universal. Abrasas fuentes y clérrense boticas; con la sában humeda, el chorro, las fricciones, el baño de onda ó el de regadera, se cura un tísico en el último grado, se reduce un hueso dislocado, una fractura, casi se resucita un muerto.

La naturaleza es pródiga, el agua abunda en todas partes. Somos felices. Felices somos sobre todo si caemos en manos de un ortópista que nos vale a uno en un molde y que hace un apolo de cada individuo de la especie humana, que es lo que pretendo nuestro amigo Flavio.

Disloca y vuelve a colocar todas las partes del cuerpo humano, las distribuye ad libitum, saca un pedazo de carne de un punto en que no hace falta y lo coloca en otro, de la frente estira lo suficiente para hacer una nariz tan grande como se quiera, aunque se quiera borbónica; con-

sulta el antagonismo de los músculos, corta el uno y deja su libre acción al otro, y los miembros torcidos toman desde luego una posición más bella, más perfecta, más fisiológica.

Pero al cabo todos estos fenómenos, todas estas maravillas esponen al paciente incomodidades y dolores más o menos atroces, y lo mismo la mayor parte de procedimientos que ha inventado el talento especulativo y calculista de los innovadores que cada día hacen una nueva conquista en el mundo medical, por lo que todos han tenido que ceder su puesto al sistema atomístico de Hahnemann, quien después de presentar un específico para cada una de las enfermedades que asfixian a la humanidad, todas las cura con un glóbulo, que le deja ingerido en el cuerpo hasta que ha apurado completamente su acción medicamentosa.

Hasta para curar una enfermedad aunque dependa de causa traumática, una milonésima parte de una sustancia que goce de la virtud específica de producir el mismo mal que ella cura.

«Similia similibus», que es como si dijéramos un clavo quita otro clavo. De esta magnífica teoría se desprenden dos consecuencias importantes en contradicción con lo que hasta ahora nos había enseñado la medicina y hasta la lógica natural. Todo medicamento obra tanto más cuanto es más pequeño, y no se quita el efecto quitando la causa sino combatiendo la causa por medio de otra capaz de producir el mismo efecto que se trata de quitar. «Sublata causa tollit effectus», decían los antiguos; pero los modernos lo han arreglado de otra manera, parodiando al melic de Moliere, que dice el corazón en el costado derecho.

Ya no hay necesidad de ciásticos, ni de instrumentos cortantes, la homeopatía cura sin la aplicación de ningún medio tópico, hasta los cáticos; la cirugía que es la única parte de la medicina en que hasta los más escepticos tienen alguna fe, ha quedado prescripta; la homeopatía hace recobrar su estado natural hasta a sus tejidos degenerados. ¡Oh glorioso despertar con narcóticos! cohíbe las diarreas con purgantes, debilita con tónicos y con debilitantes vigoriza.

¡Es lo que se llama la medicina al revés!

Luchas del corazón

CAPÍTULO I

CHARLA DE SALÓN

—Pero eso que dices, querida, es imposible.

—Y sin embargo, es la verdad.

—Ella, tan orgullosa, amar a un hombre de tan baja estima!

—Amiga mía: el amor todo lo iguala y cuando se quiere no se ve clara ni origin.

—Tú también! Vamos, confesad que habeis perdido la cabeza. Dime si casarías tu con mi lacayo?

—Yo, señora....

—No acabas de decir que el amor todo lo iguala?

—Pero yo no hablaba de mí. A más,

Federico no es un lacayo.

—Pero es un hijo de un criado y Eugenia no puede olvidar eso.

—Estamos en un país democrático, no en una corte donde los ricos herederos se casan con sus iguales.

—Pero nuestra aristocracia vale como cualquier corte.

—Perdonad, pero no pienso lo mismo.

—Tu cariño a Estela te hace injusta.

—No, no lo creas; mi querida Adela, amo es verdad a Estela como a mi hermana y no quería verla desgraciada, porque si no se casa con Ortega, morirá de pena y de tristeza.

—Bah! bahl caprichos de la juventud que bien pronto pasaran. César al cabo será el preferido.

—Le detesto por fatuo y pretenioso.

—Y añadid, que es un calavera, que toda la fortuna la ha tirado y que según dicen...

—Silencio que ahí está la señorita de Croveto y si oye algo...

—Creía ser la prima, pero veo que estas amables niñas me han ganado; —dijo la señorita Croveto acercándose donde estaba el grupo femenino.

—Después de los besos y saludos de estilo, todas volvieron a sentarse.

—Con que mañana es el baile... profirió la señorita Croveto, arrojando una mirada al espejo que tenía enfrente.

—Sí.

—Por cierto que Vds. no faltarán.

—Yo tengo todo preparado.

—Según he oido decir, será espléndido.

—Los muebles son traídos de Europa y le cuestan a Eugenia una fortuna.

—Con razón el coronel no sale de la casa de Estela y la verdad es que esa picaron de César no ha tenido mal gusto. Estela es una muchacha adorable.

—Y quien le ha dicho a Vd. que la señorita Savoiesien le corresponde?

—Quién!—todo el mundo.

—Pues todo el mundo se engaña, porque Estela no se casará con Casalini.

—Vd. no lo puede saber.

—Soy intimamente amiga suya y para mí no tienen secretos.

—Y las preferencias que tiene con él y las demostraciones de afecto que en los bailes y paseos le da, no prueban de que le ama!

—Las apariencias engañan muchas veces.

—No creo que sean apariencias el perderse en un baile de máscaras y aparecer allá cuando todos se retiraban.

—Esto es una infame calumnia. Yo estaba en el baile a que Vd. hace alusión y puedo afirmarle que Estela no se apartó un momento de mi lado. Es verdad que aturdidas del bullicio de las máscaras deseando respirar el aire de la noche abandonamos el salón....

—Y se quedaron Vds. contemplando las estrellas cuatro horas.

—No tanto, dos horas escasas.

—Que a ustedes les parecerían un minuto, pues según yo decir estaban muy bien acompañadas.

—Sus informes son excelentes. Efectivamente, Casalini y Ortega nos hicieron pasar un rato muy divertido con su amena sociedad.

—Ortega habla Vd. del hijo del criado de dona Eugenia.

—Oh! señorita Laura es usted muy cruel con ese joven.

—Le trato como merece.

—Sin embargo, yo la he visto a Vd. con él muy amable.

—Que quiero Vd., en sociedad es preciso ser política con todo el mundo y más con ese... ni sé como llamarlo —que en todos los círculos es admitido.

—Lo cual prueba que no es tan despreciable.

—Julia: la mayoría vence siempre a la minoría. Tu desientes a Federico, nosotros le atacamos a quién ganaría! No es dudoso suponerlo. Doblamos, pues, la hoja y hablamos, de otra cosa.

—Mi querida Adela, no me arredra el número cuando la justicia esté de mi parte. Si él estuviera aquí, no tendría necesidad de defenderlo porque nadie se atrevería a insultarle.

—Eso quien sabe..... si se propone...

—Ortega es un cumplido caballero, que sabe los deberes de sociedad y como se tratará a las damas.

—Cualquier otra le diría que está enamorada de él.

—Yo querido lo que Estela quiere y para mí, Federico es mi mejor amigo.

—Eso es muy chistoso.

—Cómol! —exclamó la señorita Croveto, soltando una ruidosa carcajada— con que es y quidam se ha atrevido a hacerle la corte a la más bella de las flores de nuestro jardín porteño!

—Y se casaría con ella porque se aman con delirio.

—Esto ya no es chistoso sino ridículo. Vd. cree por un momento que Eugenia Savoiesien dará su consentimiento para un enlace tan desproporcionado? Estela, esposa del hijo de un criado? Diga Vd. que todo no es más que una broma.

—No diré tal.

—He aquí señorita Croveto, a la canalla que viene a robar con sus iguales.

—¡Julia! —exclamó Adela haciendo un vivo movimiento con su abanico.

—Señorita! —profirió Laura paliéndose, apesar de la espesa capa de color que cubría sus mejillas.

—Decía Vd. hace un momento que la canalla debía buscar su igual y aquí está Ortega que viene a estar en sociedad con nosotras.

—Basta por Dios, no digas nada, Julia —dijo Adela serenándose y sonriendo a un arrogante joven que penetraba en el salón. Federico— porque él era— salió cortésmente a las damas.

—Tanto tiempo que no tenía el placer de verle a Vd. por acá! —profirió Adela con una adorable sonrisa.

—Mis ocupaciones señora, me han privado del honor de venir a estar en tan distinguida sociedad.

—No sé porque me parece que Vd. se olvida de sus amigas.

—Oh! no lo crea Vd. señora, es que...

—Sin duda alguno cariño de esos que absorben todo el pensamiento, lo tiene a Vd. alejado de la sociedad; no es verdad, doctor? Federico se ruborizó hasta los ojos.

—Cuando se ama, el objeto de nuestro amor solo tiene derecho a nuestra particular atención. Esto lo sabe Vd. mejor que yo, caballero Ortega. —profirió la señorita Croveto, ataviándose con coquetería y sin perder de vista al espejo que tenía a su frente y donde se reflejaba su rostro sombrío.

—Vds. me atacan de una manera que no me dan tiempo a defenderme. Felizmente las señoritas Dorila y Julia saben que a nadie anno y por eso permanecen calladas.

—Yo no diré tanto, —dijo Julia.

—Vd. también! Por lo visto, es una completa confabulación.

—No va Vd. mañana al baile que da la señora Lauvise? —preguntó Dorila con picardía sonrisa.

—Sí, señorita —contó Federico.

—Qué linda estará Estela! —añadió Adela. Al oír esto nombre, tan querido a su corazón, Ortega reprimió un suspiro.

—Sí, Vd. caballero, que la hermosa rubia se casó —profirió la de Croveto con indiferencia, pero fijando una intensa mirada en la fisonomía de Ortega, para ver el efecto que le producían sus palabras.

—No lo sabía, señorita, y quien es —si se puede saber—el dichoso mortal...

—César Casalini.

—Eh! —exclamó Federico sintiendo golpearse toda la sangre de su corazón a sus pálidas mejillas.

La señorita Croveto, arrojó una mirada de triunfo a Julia.

La pícida empezaba a vengarse.

—Y por cierto que Eugenia está loca de alegría: continuó en el mismo tono— César es un joven inteligente a quien sonríe un hermoso porvenir. Los dos son jóvenes y se aman.

—Ah! Se aman!

—Cuantos envíarán a César.

—Si, verdaderamente, es digno de envidia —contó Federico transformado de dolor.

—Eso no se sabe positivamente— profirió Julia viéndolo en auxilio de su amigo, porque comprendió que era la intención de su enemiga— si él la ama; que lo dudo—ella no le corresponde jamás, porque su corazón pertenece a otro.

Federico respiró como si le hubieran sacado un gran peso de encima pero la espina de los celos estaba clavada en su corazón.

—Y quién se casa hoy día por amor! —profirió la señorita Croveto que gozaba interiormente del dolor de su víctima.

—Todo aquel que tenga alma para sentir y que no sacrifique a un puñado de oro sus

